

RESEÑA DEL LIBRO. MAURICIO BEDOYA HERNÁNDEZ.  
*REPOLITIZAR LA VIDA EN EL NEOLIBERALISMO*. MEDELLÍN,  
COLOMBIA: UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 2021; 189 PÁGS.

MAURICIO ARANGO<sup>1</sup>

*Repolitizar la vida en el neoliberalismo* (2021), del profesor de la Universidad de Antioquia y Doctor en Ciencias Sociales Mauricio Bedoya Hernández, quien también es magíster en Psicología y Licenciado en Educación, es un libro que puede leerse como una suerte de continuidad de su trabajo anterior, titulado *La gestión de sí mismo. Ética y subjetivación en el neoliberalismo* (2018). Si allí Mauricio Bedoya desarrollaba una compleja analítica sobre el empresarismo y la gestión de sí en el neoliberalismo, aquí nos encontramos con una reflexión igual de problemática y complicada, a saber, cómo repolitizar la vida en el neoliberalismo. El autor toma como punto de partida un diagnóstico sobre nuestro presente desde una perspectiva foucaultiana que le posibilita situarse críticamente ante la racionalidad neoliberal y sus extendidos efectos. Este componente es esencial, pues las analíticas sobre el neoliberalismo suelen dar por sentadas muchas cosas, quizá demasiadas; aquí no se comete ese error. El diagnóstico que propone Bedoya funciona como una cartografía del presente y una hoja de ruta para la lectura. La segunda parte del libro explora las posibles vías de repolitización en el neoliberalismo y, por último, el autor aborda la resistencia como componente fundamental de la repolitización.

Que el neoliberalismo precariza la vida parece una evidencia fácilmente verificable. Solamente dando una ojeada a las convulsiones políticas y sociales de nuestro presente podemos deducir un extendido malestar en nuestras sociedades. Los malestares son plurales, complejos y atañen a múltiples ámbitos como la salud, el trabajo, la educación, etc., por mencionar solamente algunos. Sin embargo, parecen tener un común denominador: un capitalismo desbocado y voraz. Destaca, en el diagnóstico inicial que hace Bedoya, la idea de economización de la vida. El autor afirma en la introducción:

Para citar esta reseña en APA: Arango, M. (2022).  
Repolitizar la vida en el neoliberalismo [Reseña].  
*Revista de Psicología Universidad de Antioquia*,  
13(2), 1-5. doi: <https://doi.org/10.17533/udea.rp.e347046>

<sup>1</sup> Magíster en Psicología, docente de la Universidad de Antioquia. Correo: [malexander.arango@udea.edu.co](mailto:malexander.arango@udea.edu.co); <https://orcid.org/0000-0002-3304-8516>



Vemos un cambio profundo en la relación que el sujeto establece consigo mismo, (...) que ha hecho del individuo un empresario de sí mismo que asume toda su vida como un activo y cada una de sus acciones como una inversión, pues, como lo muestra Wendy Brown (2017), su existencia total ha sido economizada. El efecto de todo ello ha sido la despolitización de la vida (p. XIII, 2021).

De aquí se despliega una sombría analítica que el autor tiene el suficiente tacto y mesura para no convertir en trágica; cosa que hubiera sido bastante fácil. La economización de la vida desdibuja distintos ámbitos que el liberalismo clásico mantenía relativamente separados: vida privada y vida pública, tiempo de trabajo y tiempo de ocio, etc. En la racionalidad neoliberal todo es percibido como un capital que puede ser usufructuado, vendido y aprovechado. Todo deviene mercado. Bajo esa consideración todos somos sujetos por y para el mercado. En esa medida, la competitividad se despliega como nuevo discurso relacional en el que los otros son percibidos como amenazas y como adversarios voraces. Asimismo, en lo que atañe a la relación con nosotros mismos, nos vemos impelidos a una lucha permanente por el mejoramiento de nuestras competencias. Bedoya afirma que “el individuo contemporáneo hace que cada una de sus acciones sea una inversión que busca aumentar su capital humano” (p. 30). Todos, entonces, somos un capital humano en potencia que puede ser optimizado. El autor logra captar la perversión que supone dicha exhortación, pues la racionalidad neoliberal postula toda una serie de formas de trabajo sobre sí mismo que pretenden un mejoramiento enfocado en la productividad y en la empleabilidad.

Una vez mostrados los efectos del neoliberalismo y la manera como este despolitiza, Bedoya alude a que:

Lejos de ver en la precariedad una amenaza, el neoliberalismo la normaliza y la ve como una oportunidad. En vez de considerársela como aquello que desestabiliza el poder, se la ve como la que lo hace posible (Gil, 2014; Lorey, 2016). Así entonces, es necesario dimensionar de manera precisa la precarización como una estrategia de gobierno específica, concreta e histórica (pp. 33-34).

Bedoya dedica buena parte del libro a desenredar esta compleja analítica de la precariedad. Partiendo de Butler en *Marcos de guerra: las vidas lloradas* (2009) y Brown en *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo* (2017),

se muestra claramente este bizarro funcionamiento del neoliberalismo: hacer vulnerables a los sujetos para que estos deban transformarse en empresarios de sí y gestores de su capital humano. Es decir, individualización de los riesgos y responsabilización sobre ciertas seguridades ontológicas, ahora desmontadas por la racionalidad neoliberal. Sobre esta superficie, se puede afirmar que la individualización es el principio de la despolitización. Bedoya realiza un encomiable esfuerzo por mostrar que la estrategia de individualización (p. 45) que propone el neoliberalismo tiene costosos efectos en lo político, entendido este último término como lo que atañe a todos en tanto supone vivir juntos. Así, el neoliberalismo precariza para gobernar, o como lo sintetiza Bedoya “la forma de gobierno que caracteriza nuestro presente transforma el lazo social y destruye la política” (p. 70).

Ahora bien, el autor no se queda en el más que oscuro diagnóstico, sino que se atreve, en la segunda parte del libro, a pensar unas bases para la repolitización. Bedoya reconstruye en este punto una genealogía de la precariedad y sus dimensiones que nos permiten aprehenderla, a partir de Butler en *Marcos de guerra: las vidas lloradas* (2009) y de Lorey en *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad* (2016), de una manera completamente distinta. El punto de partida para esto es exorcizar los temores y la negatividad que acompañan las formas de comprensión de lo precario y diferenciar cuidadosamente sus dimensiones: la condición precaria, la precariedad y la precarización. La diferencia gruesa que se propone aquí es que tanto la precariedad como la precarización designan unas formas políticas de distribución de lo precario que configuran herramientas propias de la gubernamentalidad contemporánea. En cambio, el autor destaca que la condición precaria, arraigada en nuestra condición de seres existentes se fundamenta “en razón de ser individuos corporizados y vivir con otros. No puede pensarse al margen del reconocimiento de que somos, como señala Butler, cohabitantes de un espacio en el que nos vemos impelidos a compartir” (p. 93).

Es precisamente este filón el que aprovecha Bedoya en su analítica sobre la repolitización para plantear su genuina propuesta de política desde la condición precaria. La condición precaria supone un coeficiente de vulnerabilidad, de fragilidad, de finitud constitutiva, compartido por todos como cuerpos. Eso compartido es lo que posibilitaría una acción política armonizada, pero su

condición de posibilidad es un reconocimiento de la condición precaria como componente fundante. Dicho reconocimiento no resulta fácil debido a que las lógicas del neoliberalismo enmascaran dicha condición y la convierten en precariedad social (desigualdad, inequidad, inseguridad, etc.) o en discursos de ilimitación y rendimiento que recaen sobre nuestros cuerpos como infinitas máquinas productivas. El reconocimiento de la condición precaria interpelaría esa lógica productiva, pues el cuerpo es, por definición, finito. El autor sintetiza su propuesta de la siguiente manera:

Entonces, llamamos política desde la condición precaria a las prácticas que buscan hacerle frente a la precarización como forma de gobierno, siempre y cuando se cumplan dos condiciones: por una parte, que la motivación de ellas sea el reconocimiento de la condición precaria de la existencia humana y, por otra, que sea la vida compartida y, por lo tanto, la pluralidad de formas de vida lo que oriente esas prácticas (p. 104).

En la parte final del libro, Bedoya aborda el problema de la resistencia, lo suficientemente consciente de la dificultad que supone una analítica de la misma en el presente debido a la ubicuidad del neoliberalismo para frustrar y capturar la mayoría de prácticas de resistencia que emergen. El autor destaca una comprensión de la misma en dos vías, el eje individual y el eje político, es decir, por un lado, un ejercicio ético y, por el otro, un ejercicio político. Bedoya aboga por una integración de ambos componentes, lo que lo lleva directamente a retomar la noción foucaultiana de *ethopolítica*. En Foucault, resulta casi imposible disociar lo ético y lo político, dado que el sujeto siempre es modelado por formas de gubernamentalidad que lo producen. De allí que su ejercicio de constitución como sujeto ético sea situarse frente a esos poderes normalizadores y adoptarlos o interpelarlos, lo que resulta, a su vez, un ejercicio profundamente político.

Es en este punto del texto en el que Bedoya introduce el interesante concepto de *resistencia itinerante* (p. 156), que designa las prácticas de resistencia del sujeto que pretende “no dejarse capturar a partir de los dispositivos y las tecnologías de gobierno” (p. 156). Sin embargo, el elemento novedoso de la noción de resistencia itinerante consiste en su carácter transitorio. El autor es bastante suspicaz como para comprender que el problema del presente no es

el hecho de que no existan prácticas de resistencia, el problema es que gran parte de ellas terminan siendo capturadas por los poderes a los que pretenden resistir, en este caso la racionalidad neoliberal. La vía que propone el autor es abrazar la transitoriedad como posibilidad de creación permanente. Sobre este punto afirma “el sujeto resistencial es un ser sin descanso” (p. 166).

Finalmente, si consideramos cierto el diagnóstico al que alude Bedoya respecto a que los críticos no han podido “desarrollar una imaginación, una idea o una alternativa a la imaginación neoliberal” (p. 164) o al derrotismo de algunas analíticas sobre la racionalidad neoliberal que nos hacen pensar que no hay nada por hacer, creemos que el libro *Repolitizar la vida en el neoliberalismo* constituye, con su universo argumental y conceptual, un punto de partida apropiado para una reflexión que parece necesaria y urgente.